

RELATO ENCADENADO
HALLOWEEN 2020

RAFAEL BELDÁ

EVA GIL

IRENE ROBLES

MARETA LOZANO

JOSÉ SALIETO

LA DECORACIÓN del señor CLAUDIO



Asociación Literaria y
Cultural Escritores en su Tinta

ESCRITORES EN SU TINTA

© Todos los derechos reservados a los autores de esta obra.

Rafael Belda Ros, Eva Gil Soriano, Irene Robles, Mareta Lozano, José Salieta.

© Portada: [Rafael Belda Ros](#)

De acuerdo a la ley, queda totalmente prohibido, bajo la sanción establecida en las leyes, el almacenamiento y la reproducción parcial o total de esta obra, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización previa de los titulares del copyright.

LA DECORACIÓN DEL SEÑOR CLAUDIO

Este relato surgió como un reto entre algunos de los autores de la Asociación Literaria y Cultural Escritores En Su Tinta para Halloween del 2020. En un orden aleatorio cada autor, por turnos, tuvo la libertad de crear un fragmento de los que conforman este relato, resultando ser una experiencia enriquecedora y fascinante, en la que cada autor disfruta añadiendo su pincelada.

El orden es el siguiente:

[Rafael Belda Ros](#)

[Eva Gil Soriano](#)

[Irene Robles](#)

[Mareta Lozano](#)

[José Salieto](#)

www.escriitoresensutinta.com

Su corazón malherido se mantuvo de puntillas todo el trayecto desde el salón hasta la puerta de la entrada, como si quisiera asomarse al quicio de su mirada para prevenirse de un buen susto. Aligeró el paso por el pasillo acarreado con la decoración de Halloween, para llegar a tiempo antes de quien diablos tocaba el timbre desisitiera.

—Tranquilo, *cuore*, tranquilo —musitó para sí mismo, con la mano sobre el pecho.

Pese al estorbo de la telaraña que había preparado a conciencia para la noche de Halloween, Claudio, con su mano temblorosa, logró alcanzar la puerta y la abrió.

—¿Truco o trato? —soltaron al unísono los cuatro niños que aparecieron junto con las calabazas de plástico colgadas de sus manos, con unos atuendos tan mediocres que daban de todo menos miedo.

El viejo Claudio conceptuó el disfraz de los niños con la mano en el pecho, para aquietar su entusiasmo. Zombis con andrajos y maquillajes nada realistas. Aquel inocuo intento por asustarle, si acaso había conseguido extraerle una mueca parecida a una repulsiva sonrisa.

—Ni truco, ni trato, criaturas —sentenció mientras cerraba la puerta de un golpe seco—. Buscad en otra casa vuestras chucherías.

Mientras refunfuñaba por la inoportuna visita de los niños, se dispuso a retocar las arañas de plástico que había colgado del techo que pendían sobre unas telarañas blancas. Sentía tal orgullo de la decoración de su casa que una sonrisa eliminó por completo el acontecimiento de los niños.

LA DECORACIÓN DEL SEÑOR CLAUDIO

Andaba inmerso en su quehacer cuando de nuevo el timbre de la puerta volvió a sonar. El corazón volvió a asomarse a sus miopes ojos que miraban por la mirilla; esta vez, dio un salto de alegría al ver a los dos policías nacionales con cara de pocos amigos.

—Claudio Hervás, ¿es usted? —preguntó el agente.

—¿Truco o trato? —bromeó.

Una agente emitió una sonrisa sarcástica indicando con el dedo en la nariz al compañero que prestara atención al olor a putrefacción que salía por la puerta.

—Un vecino ha llamado para quejarse de que se escuchaban unos ruidos un tanto extraños.

—¿Ruidos? ¡Hoy es Halloween, señores agentes! —dijo con ironía— No han respondido a mi pregunta, ¿truco o trato?

RBR

Los dos agentes se miraron el uno al otro indecisos. No tenían una orden judicial para entrar en la casa, sin embargo, si el señor Claudio Hervás se lo permitía podrían averiguar de dónde venía ese olor. Seguramente fuese acumulación de basura, pero tenían que estar seguros.

—Soy el agente Martínez, ¿nos deja pasar y echar un vistazo?

—Todavía no ha respondido a mi pregunta. ¿Truco o trato? —respondió Claudio sonriendo ligeramente.

Martínez volvió a mirar a su compañero García y después a Claudio. Al parecer ese hombre no estaba muy bien de la cabeza, así que decidió seguirle el juego. Tal vez así podría acceder a la vivienda.

—Trato —dijo Martínez.

—¿Pero qué haces? —le regañó García—. Hay que tener cuidado con esta gente.

—Ya está dicho, no se puede volver atrás —soltó el hombre sonriendo y haciéndose a un lado para dejarle pasar.

—¿Lo ves? Podemos entrar —le dijo Martínez a su compañero. Después, dando un paso al frente, se adentró en la casa.

García dio otro paso tras su compañero, pero Claudio se interpuso.

—Lo siento, tú no has jugado y no puedes pasar —dicho esto, cerró la puerta de golpe casi dando en las narices al agente.

—Pero... —Antes de poder decir algo más, escuchó tras la puerta un grito seguido de varios golpes que lo hicieron estremecerse—. ¡Martínez! ¡Martínez! —gritó; pero nadie respondió.

EGS

—¡Joder, Claudio! —gritó el agente Martínez—. ¿Tenía que cortar esa calabaza en pedazos justo ahora? Vaya susto me ha dado.

LA DECORACIÓN DEL SEÑOR CLAUDIO

—De eso se trata —dijo bajando la voz y con una sonrisa siniestra.

El agente Martínez escuchó a su compañero llamarle a gritos al otro lado de la puerta, pero Claudio se llevó un dedo a los labios. No pudo evitar sentir un escalofrío que le recorrió la espalda. Claudio se agachó para recoger los trozos de la calabaza y él se quedó observando la casa. A mano derecha quedaba el salón y a mano izquierda la cocina; una puerta entreabierta en el pasillo dejaba ver parte de un pequeño aseo. Enfrente, una escalera llevaba al primer piso. El ambiente era lúgubre y las estancias estaban en penumbra, apenas iluminadas por velas que agrandaban y movían las sombras, creando formas sinuosas en las paredes y el techo. Martínez arrugó la nariz cuando una ráfaga de viento procedente del fondo del pasillo le trajo de nuevo ese olor a putrefacción. Tragó saliva evitando una arcada.

—Señor Hervás —dijo Martínez retomando la formalidad después del sobresalto—, ¿qué es ese olor?

Claudio se incorporó y, con el hacha todavía en la mano, miró a los ojos a Martínez, pero esta vez ya no sonreía.

—¿Es ese su disfraz de Halloween, señor agente? —preguntó señalándole con la afilada herramienta.

—Es mi uniforme de trabajo y le agradecería que colaborase con nosotros. No es la primera vez que recibimos quejas de su vecino. Solo queremos ayudarle.

—¿Ah, sí? Si quiere ayudarme coja, por favor, esos trozos que han quedado a sus pies y acompáñeme al jardín.

Martínez dudó un momento, pero Claudio no se había quedado a esperar su respuesta y su silueta empezaba a desvanecerse al final del pasillo. Se apresuró a coger un par de trozos de calabaza con una mano y dejó la otra apoyada

sobre su cinturón, justo encima de su arma reglamentaria, así se sentía más seguro en aquel extraño lugar. Conforme avanzaba por el pasillo, siguiendo los pasos de Claudio, el mal olor se intensificaba hasta que el aire casi se hacía irrespirable.

IR

Trató de aguantar la respiración lo máximo posible, pero el estómago se le contrajo con fuerza y, sin poder evitarlo, notó cómo el vómito ascendía a toda prisa hasta su garganta. Soltó los trozos de calabaza para presionar con ambas manos sobre su boca. Pero algo llamó su atención cuando los pedazos se estrellaron contra el suelo de madera. ¡Sonaba a hueco! ¿Qué había allí debajo? Las tablas crujieron cuando se arrodilló y apoyó su oreja en la vieja y desgastada madera poniendo toda su atención.

No podía creer lo que estaba escuchando. Un lejano y tenue sonido parecido a un lamento. Puso atención para tratar de identificarlo mejor. Sí, estaba seguro, aquello era el lloriqueo de un niño, no había duda. Tanteó con la yema de sus dedos tratando de encontrar alguna pequeña ranura escondida y poder abrir una posible entrada.

—¡Martínez! —le reclamó Claudio desde el oscuro fondo del pasillo—¿Dónde se ha metido?

Martínez se puso nervioso y, sin dudarlo, e incapaz de encontrar lo que buscaba, sacó su arma dispuesto a romper aquellos vetustos tablones con la culata de su pistola. Pero de pronto un chorro de cera, extremadamente caliente cayó sobre la hélice de su oreja derecha.

—¿Busca algo, Martínez?

ML

Martínez vio a Claudio de pie frente a él, sosteniendo un velón de cera encendido. Luego sintió una potente patada en el rostro y perdió el conocimiento.

Mientras tanto, el agente García había logrado colarse por una ventana entreabierta, en busca de su compañero. Caminando sigilosamente empuñando su arma, llegó hasta el pasillo, donde el olor nauseabundo volvió a inundar el aire.

El reflejo de una luz tenue y unos golpes secos, junto a un ahogado llanto de niño, provenían de una trampilla abierta en el suelo. Se acercó lentamente conteniendo el impulso de llamar a Martínez para no delatar su presencia. Una vez en el borde de la trampilla, unos escalones de madera bajaban hacia una débil penumbra anaranjada que titilaba al compás de varias velas y velones repartidos por distintos puntos de aquel sótano.

Comenzó a bajar lo más silenciosamente posible, luchando por contener las arcadas que le producían el intenso hedor que allí se concentraba. Y cuando solo le faltaba un escalón para llegar al fondo, se quedó paralizado ante la macabra imagen que descubrió ante sus ojos.

En un lateral, hacia la derecha, atado de pies y manos a una silla en la que estaba sentado y amordazado con cinta americana, un niño de unos diez años lloraba y gemía desconsolado, como obligado espectador de la aterradora escena. Al otro lado, una gran mesa de madera decorada como si se tratara de un banquete medieval, servía de soporte para un cadáver destripado que reposaba sobre el gran tablero, como si se tratara del plato principal, y en un estado de descomposición que hacía imposible discernir si se trataba de un hombre o una mujer.

Y en el centro, de espaldas, Claudio estaba agachado sobre el cuerpo inerte de Martínez. Cuando el viejo intuyó la presencia de un extraño detrás de él, se giró dejando ver la cabeza recién decapitada de Martínez sostenida por el cabello en su mano izquierda, mientras en la derecha aún mantenía el hacha de cocina con la que había cortado anteriormente la calabaza. Solo que ahora estaba impregnada de la sangre de Martínez. García estaba tan impactado, que no pudo mover un músculo.

—¿Qué haces aquí? —se enojó el viejo Claudio—
¡Tú no has jugado, no puedes entrar aquí!

Y diciendo aquello, arrojó el hacha sobre García clavándosela sobre la frente, haciendo que este cayera sobre el suelo del sótano con un sonido sordo.

Claudio sonrió maliciosamente, arrastró el cuerpo de García hasta dejarlo a los pies del niño y le dijo muy satisfecho:

—¿A que es la noche más terrorífica de Halloween que has vivido nunca?

Luego se irguió con las manos en las caderas, mirando a su alrededor, y exclamó orgulloso de sí mismo:

—¡Este año la decoración de Halloween me ha quedado de un realismo insuperable!

JSB